

BEATRIZ OSÉS



ERIK VOGLEER

EN MUERTE EN EL BALNEARIO

edebé

ERIK VOGLER

EN MUERTE EN EL BALNEARIO



ERIK VOGLER

EN MUERTE EN EL BALNEARIO



BEATRIZ OSÉS

edebé

© Beatriz Osés García, 2014
© de la edición: Edebé, 2014
Paseo de San Juan Bosco 62
08017 Barcelona
www.edebe.net

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Diseño de la colección: BOOK & LOOK
Ilustración de portada: Iban Barrenetxea

Primera edición, septiembre 2014

ISBN 978-84-683-1285-9
Depósito Legal: B.
Printed in Spain

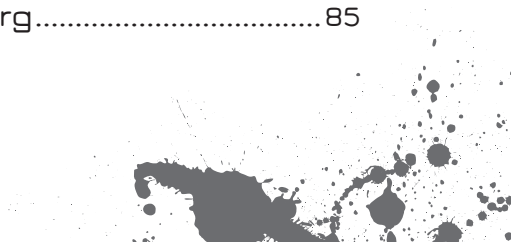
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).


A Noelia y a Pedro.



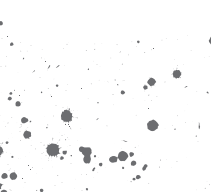
ÍNDICE

Capítulo I. La invitación de Berta	11
Capítulo II. Celeste Aida	15
Capítulo III. Un pasillo inquietante	19
Capítulo IV. Sorbete de mango	25
Capítulo V. El relato de Erik	31
Capítulo VI. Único testigo	35
Capítulo VII. La hipótesis de Albert Zimmer.....	41
Capítulo VIII. El baño turco.....	45
Capítulo IX. Un regalo inesperado	51
Capítulo X. El camafeo romano	57
Capítulo XI. La <i>suite</i> Rigoletto.....	63
Capítulo XII. Un tropezón muy oportuno.....	67
Capítulo XIII. Dos orquídeas blancas	73
Capítulo XIV. Taormina.....	79
Capítulo XV. Úrsula Goldberg.....	85





Capítulo XVI. Nada de cadáveres.....	91
Capítulo XVII. El anónimo	95
Capítulo XVIII. Amenaza de muerte.....	99
Capítulo XIX. Salsa de langostinos.....	103
Capítulo XX. La estatua de Marte.....	107
Capítulo XXI. Una herencia multimillonaria.....	111
Capítulo XXII. La propuesta de Zimmer	117
Capítulo XXIII. La sala de las antigüedades	123
Capítulo XXIV. Escondidos en una bañera.....	129
Capítulo XXV. ¿Vamos a morir?	133
Capítulo XXVI. Confesiones de un crimen	139
Capítulo XXVII. Sin salida	145
Capítulo XXVIII. La historia de Peter Eisel	149
Capítulo XXIX. Regresando a Bremen.....	153







Capítulo I

La invitación de Berta

Tras los crímenes de Bremen, Erik Vogler necesitaba un descanso. Una cura de reposo, alejado de la ciudad, tal y como le aconsejaron los médicos. No en vano, las pesadillas con el «rey blanco» le asediaban casi todas las noches. Por ese motivo, su abuela Berta aceptó la invitación de un viejo amigo, director de un lujoso balneario, para viajar al norte de Italia durante una semana. Aunque su nieto le parecía un auténtico plomo, un cambio de aires les sentaría bien.

–¡No pienso ir con la abuela a ninguna parte! –exclamó enfurecido al conocer la noticia.

–Erik –trató de calmarle su padre persiguiéndole por el pasillo de casa–, tu psicóloga cree que es una idea genial.

–¡Pues, entonces, que vaya ella y hagan calceta juntas!... Seguro que se lo pasarán de muerte.

–A mí me encantaría acompañaros –mintió–, lo sabes muy bien, pero tengo que trabajar y me resulta imposible.

–¡Qué casualidad! –replicó irónico al mismo tiempo que abría la puerta del salón.

–Serán solo unos días.

–¿Solo unos días? –repitió enfadado dando vueltas alrededor de la mesa del comedor–. Lo mismo me dijiste cuando te fuiste a Nueva York y no resistí con ella ni una semana

en Grasberg. ¿Ya no te acuerdas? Por su culpa salí huyendo de allí –soltó, evitando nombrar al fantasma de Sandra Nadel y al inquietante Albert Zimmer, que también habían influido notablemente en que escapase del pueblo de su abuela.

–Bueno... –empezó Frank Vogler sin saber muy bien lo que iba a decir–, eso ya pertenece al pasado.

–¿Al pasado?... ¡Pero si fue hace un mes! –protestó dejándose caer en el sofá.

–Mira, hijo –prosiguió, intentando cambiar de tema mientras abría su tableta electrónica y se sentaba junto a él–, mira dónde te quiere llevar tu abuela. ¿Has oído hablar del balneario Celeste Aida? –le preguntó haciéndose el interesante.

–¡No!

–Es uno de los centros termales más lujosos y elitistas de Italia, situado a los pies del lago de Como –le explicó mientras buscaba su página en la red–. Se trata de un lugar precioso.

Por supuesto que conocía aquel lago y sus mansiones millonarias. Las había visto en televisión y en Internet. A pesar de que no quería aparentar curiosidad, su padre había logrado que deseara saber algo más sobre aquella propuesta. Pero no quería admitirlo.

–¿Quieres ver su web?

–No me interesa –contestó fingiendo indiferencia.

–¡Es una maravilla!

Erik Vogler no pudo evitar inclinarse sobre la pantalla, aunque lo hiciera con mucho disimulo, como si aquello no fuera con él.

–Tienen tratamientos hidrotermales de vanguardia, masajes tailandeses, helioterapia, termas romanas, saunas finlandesas, duchas escocesas, baño turco, parafangos. Lo

mejor de lo mejor –le aseguró mostrándole algunas fotografías de las instalaciones.

–Me encantaría probar los parafangos –reconoció.

Frank Vogler se imaginó a su hijo cubierto de barro hasta las cejas.

–Traen, incluso, lodo del Mar Muerto –improvisó sobre la marcha para convencerle.

–¿De verdad?

Su padre movió la cabeza en señal afirmativa.

–¿Tienen mascarillas hialurónicas termoactivas? –preguntó el joven con gran interés.

–También, desde luego –le aseguró.

¿Qué diantres sería una mascarilla hialurónica termoactiva?

–¿Podré someterme a un tratamiento completo?

–Podrás –le confirmó esperanzado.

–¿Cenar en mi habitación?

–Por supuesto.

–¿Acceso a Internet ilimitado?

–Sin duda.

–¿Con qué compañía volaríamos?

–Alitalia.

–Hum..., no me convence demasiado.

–Primera clase. La abuela tiene los billetes reservados.

–¿Cuándo saldríamos?

–Pasado mañana.

Erik apretó los labios. Tal vez fuera poco tiempo para planificar un viaje de esas características. Organizar el equipaje siempre le suponía un enorme esfuerzo; debía estudiar hasta el último detalle dependiendo de las previsiones meteorológicas, de las tendencias de la temporada.

Preparar una maleta era crear una obra de arte.

Después de unos segundos de silencio, dejó caer un sus-

piro. Tenía que sopesar los pros y los contras de la oferta. Por un lado, pasaría unos días con ELLA. Un tormento de mujer. Por otra parte, disfrutaría de uno de los mejores balnearios del mundo. Entre las ventajas, muy tentadoras, los cuidados de las fisioterapeutas, las terapias más selectas, las vistas al lago de Como y, por supuesto, la excelente comida del hotel. No se sometería nunca más a los guisos infernales de Berta Vogler. El único inconveniente, por tanto, la presencia de su abuela. Era una decisión difícil, sin duda. Se mordió el labio inferior.

—Lo consultaré con mi almohada.

Con su almohada ergonómica.

Frank Vogler sonrió con ternura y cruzó los dedos de los pies.



Capítulo II

Celeste Aida

Dos días después, acompañado de su fiel maleta Chantel, Erik llegó al aeropuerto de Bremen. No le costó mucho reconocer, entre los pasajeros, la cabeza de su abuela que se deslizaba por una cinta mecánica. Iba en dirección al mostrador de Alitalia en el que debían facturar el equipaje. El joven se lamentó en silencio. Con aquella mata de pelo alborotado, que nada tenía que envidiar a las rastas de un león envejecido, se atrevía a visitar, sin ningún reparo, uno de los balnearios más lujosos del mundo.

¿Y qué decir del estilismo? Una larga falda *hippie* de colores con un jersey que había tejido ella misma. Botazas militares, en cuyas suelas se almacenaba todo tipo de restos orgánicos, y bolsa de tela vaquera con mancha de tinta de bolígrafo en una de sus esquinas. Terrible. Totalmente inapropiado. Estaba claro que no había consultado las previsiones meteorológicas que pronosticaban un tiempo agradable y primaveral en el norte de Italia. Al menos, se consoló, en el balneario no tendría más remedio que llevar el albornoz del hotel.

Aunque no era una sentimental y le costaba expresar sus emociones, Berta Vogler estampó dos besos en las mejillas del joven de pelo engominado que se había acercado a ella.